

definitivamente en el protagonismo ejercido por ambos grupos dentro de su respectivo ámbito. El catalanismo conservador puso en práctica un *posibilismo* que le permitió acomodarse a una situación excepcional como la Dictadura franquista, puesto que, como dice Canales, en Vilanova se impuso la lógica de la *victoria social*: fueron las clases acomodadas quienes habían ganado la guerra, por lo que se hicieron con el poder institucional. Dado que el catalanismo conservador procedía mayoritariamente de este ámbito social, pudo integrarse en la política local del Nuevo Estado. Por el contrario, en Barakaldo se impuso la lógica de la *victoria política* y, puesto que el nacionalismo vasco se había posicionado con el bando de los *vencidos*, no tuvo ninguna posibilidad de participar en política.

Canales analiza, además, escuetamente, los efectos de la Transición en las derechas vasca y catalana. A pesar de los cuarenta años de silencio, el PNV (gracias a su arraigo social) quedó en las primeras elecciones municipales por delante de la derecha reformista de UCD. Por el contrario, la catalana Convergencia i Unió quedó a escasos votos por detrás de UCD. Canales afirma que la diferente naturaleza del nacionalismo vasco del catalanismo conservador, patente ya durante la Segunda República, seguía siendo evi-

dente tras cuatro décadas de Dictadura franquista.

Antonio Canales realiza en *Las otras derechas* un estudio ciertamente pormenorizado y complejo de las diversas situaciones a las que tuvieron que hacer frente las derechas catalana y la vasca a lo largo del siglo XX. Asimismo, resulta un buen ejemplo a seguir (especialmente en el caso del capítulo sobre franquismo) puesto que son muy escasas aún este tipo de investigaciones, sobre todo en el caso vasco. El estudio comparativo de dos ciudades (una catalana y otra vasca) con todas las consecuencias que ello conlleva (un proceso de industrialización más temprano que en otras zonas de España, el surgimiento de unas clases acomodadas vinculadas a dicha industrialización y el nacimiento de los nacionalismos periféricos) y en un período cronológico indudablemente amplio y complejo, resulta realmente novedoso y práctico como muestra para continuar la línea ya marcada por Antonio Canales.

VIRGINIA LÓPEZ DE
MATURANA

Orixe. Gutunak (1917-1961).

Paulo e Ibai IZTUETA.

Utriusque Vasconiae.
Donostia, 2006. ISBN:
84-934066-7-8



En el nº 21 de la revista *Sancho el Sabio* del 2004: 213 nos preguntábamos si tras publicarse 5.235 páginas en cinco voluminosos libros sobre la vida y obra del escritor vasco, Nicolás Ormaetxea, Orixe (1888-1961), quedaba algo más por descubrir sobre él. Nuestra respuesta fue afirmativa ante la aparición de otros tres libros de Paulo Iztueta en torno al escritor de Oreja (Guipúzcoa). El profesor e investigador de la UPV ha sabido explotar minuciosamente durante largos años el filón lingüístico y literario de

Orixe. Si hasta ahora conocíamos bien la obra de Nicolás Ormaetxea, mediante la lectura del libro que reseñamos ahora nos percataremos de su aspecto personal, al adentrarnos en las entretelas de su personalidad tan especial, por vía de este interesante epistolario. Su vida se prestaría también a un estudio psicoanalítico que nos ofrecería sorprendentes resultados, pero lo dejo para los expertos en este campo, limitándome exclusivamente a mi campo lingüístico y literario.

El título vasco *Orixe. Gutunak (1917-1961)* podría inducirnos al error pensando que se trata de cartas escritas exclusivamente en euskera, cuando en realidad no faltan escritos muy interesantes en lengua castellana. A pesar de incluir muchas cartas en este libro de 597 páginas, P. Iztueta es consciente de que no se hallan todas por distintas razones: el deterioro de algunas de ellas, creado por el paso del tiempo; el desconocimiento del paradero de otras; y, sobre todo, la negativa de facilitarle el acceso a la carpeta de Orixe, que se hallaba en la biblioteca del convento de los PP. Jesuitas de Loyola.

Este libro se halla dividido en tres partes muy desiguales. La primera contiene 285 cartas escritas por Orixe; la segunda abarca 68 cartas dirigidas a él y a pesar de no ser tan numerosas como las ante-

riores, poseen gran valor y van numeradas (como las anteriores) con el número que les corresponde; y la tercera que comprende tres extensos apéndices: 1.) “De mi vida externa” (págs. 511-525) en la que narra su vida en los diferentes conventos jesuíticos y otros lugares en los que vivió: Loyola (1907-1909), Burgos (1909-1911), Oña (1911-1914), Comillas (1914-1917), Carrión de los Condes (1917-1918), Tudela (1918-1919), Javier (1919-1920), Oña (1920-1922), Bilbao (1924-1931), Oreja (1931-1936), Guerra Civil y II Guerra Mundial (1936-1943); 2.) “Un artículo euskérico de F.K. Krutwig”; 3.) un trabajo titulado “Los deportes vascos”. Estos tres últimos documentos aparecen escritos en castellano. Al final del libro se incluyen varios índices cronológicos, alfabéticos y biográficos de los distintos autores, revistas y bibliotecas, que facilitarán al lector la búsqueda de dichos escritos.

En la primera sección epistolar de la primera parte (1917-1923) dedicada a su vida de estudiante en varios conventos jesuíticos destacaría las cartas escritas a sus superiores: P. Leza, P. Boetto, P. Villalonga. En las cartas (12) y (13) se inicia el largo calvario sufrido por Orixe, que desembocará en su expulsión de la Orden jesuítica en 1923 tras 18 años de estancia. Este hombre tan bien dotado

para los estudios de Humanidades pero, a la vez, carente de tacto para la vida comunitaria se mostraba a menudo como “gallo de pelea”(15) y más tarde como “basurde” (jabalí). Su carácter personal, tan conservador e integrista, su espíritu “bizkaitarra” (15) y la pasión a la lengua vasca contribuyeron también en gran medida al deterioro físico y psicológico de Orixe. Ante las quejas de sus superiores “por carecer de criterio formado a lo jesuítico”, él les acusará de “no hallar trato paternal”. En medio de tantos días tenebrosos no faltaron momentos gratificantes como sus inicios de escritor en la prestigiosa revista *RIEV* de Julio de Urquijo (12) o la carta escrita en latín y dirigida a su admirado P. Olabide, autor de la traducción de la *Biblia* al euskera (18). Especialmente duras son algunas de sus frases que aparecen en las siguientes cartas: “Mi aguante ha llegado al límite ... no podré olvidar el trato de esclavo más que de súbdito que me han dado algunos superiores ...”(30), y “...creo que las Constituciones autorizan para que se me despida; pero no para que se me trate así”(32).

La segunda sección de la primera parte (1924-1936) corresponde a su estancia en Bilbao donde colaboró con D. Resurrección M^a de Azkue, (primer presidente de

Euskaltzaindia), y a los dos años que pasó en su pueblo natal (1934-1936) escribiendo el libro *Euskaldunak*. En esta época (1930-1936) comenzaron también los certámenes literarios que enturbiaron aún más las tensas relaciones que Orixe mantuvo con José de Ariztimuño, Aitzol, árbitro y miembro principal del tribunal de los mencionados concursos en los que jamás se premió una obra poética de Orixe con el máximo galardón. Como prueba de ello existe una sola carta, escrita en castellano, y dirigida al “estimado” Aitzol (89) que contrasta con las 26 escritas a Lizardi y 18 dirigidas a Justo Mokoroa, “Ibar”, tratados como amigos. Orixe era una persona de profundas fobias y filias y jamás olvidó una definición de Aitzol sobre Lizardi: “un hombre funesto para las letras vascas”(79).

Además, su estancia en Bilbao (provechosa por la publicación de varios libros) se vio empañada con una sombra de tristeza y hastío por las constantes desavenencias políticas que surgían entre los distintos grupos vascos; en 1930 llegó a escribir esta inusual frase en sus escritos: “Nazka ematen dit euskaldun izateak” (me da asco ser vasco) (60). A pesar de ello, mantuvo una intensa relación epistolar con hombres importantes de la cultura vasca y con jóvenes poetas

como Julio de Urquijo, R. Olabide, G. Múgica, M. Lekuona, J. Mocoroa, J. Zaitegi, Tx. Jakakortajarena, etc.

La tercera sección, comprendida entre los años 1938-1954, es muy extensa pues contiene 122 cartas dirigidas a J. Mocoroa, J. Zaitegi, A. Zatarain, J.F. Landaburu, M. Irujo, I. Fagoaga, M. Oiartzabal, José A. Aguirre, F. Krutwig, N. Tauer, Mercedes Contreras “Mameme”, M. Rezola, R. Bera, A. Ibinaga-beitia, P. Leturia, etc.

Tras huir al exilio atravesando penosamente los Pirineos, se establece durante dos años en Iparralde (Donibane Lohitzun, Bertharram, Bidarra) pero en 1950 decide viajar a Argentina: Buenos Aires (125), Avellaneda (127), Bahía Blanca (128) y Berraondo (125). En este pueblecito escribe el poema “Berraondoko Meza” (La misa de Berraondo). Estando en Argentina recibe una invitación de J. Zaitegi para colaborar en su revista *Euzko Gogoia* en Guatemala. La noticia es anunciada por Orixe a su amigo Isidoro Fagoaga como “la bomba atómica” (135). Sus problemas económicos se agudizan con la devaluación del peso argentino (133), pero finalmente puede salir rumbo a Guatemala, en tren y atravesando el lago Titicaca en barco (132). En Quito puede pasar 40 días visitando a su hermana religiosa Dionisia (142) hasta

que finalmente llega a Guatemala.

Entre los artículos que recibe para ser publicados no faltan algunos que le desagradan y aflora su espíritu belicoso y polémico tratando con dureza y, en ocasiones, injustamente a escritores vascos que habían criticado su libro *Euskaldunak* (1950), como es el caso de T. Monzón y del académico de Euskaltzaindia P. Lafitte. Éste es descrito como “gallito de los Bajos Pirineos” (135) y su mayor enemigo (154) “nere etsairik haundiena”; también como “clérigo que degrada su sotana”(141); a Monzón le define como “nuestro ignorante ...hombre sin ninguna carrera” (141). Causa estupor, pena y tristeza, su interpretación de la Biblia: “...En tratándose de críticos no se debe aplicar el principio evangélico de devolver bien por el mal, sino el del Antiguo Testamento: “al bueno tratarás como bueno, y al perverso como perverso”. No llegan a entender las cosas si no se les corta la cresta” (135).

Pero no se comportaba de esta guisa sólo cuando se criticaba una obra suya, sino también en temas menos personales como la unificación del vascuence, la reestructuración de Euskaltzaindia, el tipo de poesía adecuado para los vascos, etc. Todos aquellos que no siguieran los cánones establecidos por él (incluidos sus amigos) eran vituperados

o se hacían acreedores de algún mote o apelativo despreciativo. Así por ejemplo: “Aitzol zanak ere xoxokeri batzuk esan zituen” (140) (Incluso Aitzol dijo algunas tonterías); al franciscano L. Villasante le llama “kaiku” (222) (zopenco); a J. Mirande le califica de desorientado y sin brújula, (“... buru-orratza ez darabil beti zuzen”(134); al músico M. Ravel le tilda de simple y fatuo (223, “txatxu ori”); a A. Irigaray le definió como “pobre hombre. Y un desmemoriado” (157). Ni los íntimos amigos se salvan de sus diatribas y descalificaciones: a A. Ibinagabeitia le rogará que deje de lado sin publicar en *Euzko Gogoa* esa inmoralidad, esto es, la traducción al vascuence del *Ars Amandi* de Ovidio: “Itxizu bakean eta bazterrean zantarkeri ori argitara barik”! (219); a J. Zaitegi le critica su “erotismo fino” (194), probablemente por traducir al poeta romántico francés A. Musset, (“el desvergonzado ... ¡degenerado!”(195); porque “Orixe evita –por salud espiritual- de entretenerse con Eros, con Venus, Cupido o con la Philía” (194). Las “escabrosidades” de la poesía del sacerdote de Azkoitia, Nemesio Etxaniz, permitirán a Orixe preguntarse si el autor está bien de la cabeza: “Burua galdu ote du” (208). Ni siquiera se olvida del difunto E. Urkiaga, Lauaxeta, de quien afirma: “Lauaxeta

zanaren belaxkakeri batzuk ere, on baño kalte giago egiten dute”(188). (Incluso algunas blandenguerías del difunto Lauaxeta hacen más perjuicio que bien).

Pero no todo fue censurable en este escritor polémico, integrista, testarudo y “gallo de pelea”. Después de prestar, durante varios meses, una ayuda inestimable a J. Zaitegi en la redacción de su revista, ambos decidieron, de común acuerdo, que Orixe se trasladara a la finca “Miramar” de Zaragoza, pueblecito cercano a la capital Salvadoreña, donde pudo escribir algunas de sus mejores obras entre los años 1951-1954, (pág. 227). Dentro del ciclo americano podríamos destacar las siguientes obras: *Quito-n arrebarekin* (148) publicado en la revista *Euzko Gogoa*; las traducciones de las Confesiones de San Agustín, *Agustin Gurenaren Aitorkizunak* (216) publicado en 1956; el libro de los Salmos, *Salmutegia* (194) publicado en 1967; los Evangelios, *Jesukristo gure Jaunaren Berri Ona* (1967), y más de 30 poemas entre los cuales se hallan algunos de sus hitos poéticos: “ogeitamar bertso berri egin ditut Ameriketan” (159).

Las cartas (194) y (195) dirigidas a la dueña de la finca “Miramar”, Mercedes Contreras, merecen una atención especial para conocer las opiniones de Orixe sobre el

eros, la “hombredad”, el incidente que le ocurrió en la iglesia de San José de la Montaña, y la posdata en la que critica la conducta del dueño de la finca, el Sr. Muysshondt.

En la cuarta y última sección de la primera parte de este libro: 1954-1961, se narra como hecho principal su regreso a Euskalerrria, el deterioro de su salud, las dificultades de adaptación, los problemas económicos y familiares, y una curiosa visita que recibe de dos jesuitas interesados en el destino final de los “papeles” de Orixe: “...ni il nadinean ia utziko dizkiedan jabez, uzten ditudan paperak” (250).

Orixe, en general, se sentía feliz en El Salvador por el clima, la producción literaria, la familia de amigos, etc. pero le faltaba la Misa diaria. Ya en la primavera de 1952 soñaba en regresar al monasterio benedictino de Belloc (Laburdi) (1978). Por fin el 4 de noviembre de 1954 embarca en Balboa (Panamá), (227) y vuelve a Euskalerrria. Aprovecha la travesía marítima para comenzar su última obra, *Jainkoaren billa* (1971), (228) y deambula por las casas de sus hermanas (Tolosa, 228), Oreja (241) y el convento benedictino de Lazcano (233) hasta verse despedido del hogar de una hermana en Tolosa con estas palabras: “nere etxean sobratua zaude” (246), (sobras en

mi casa). Afortunadamente, cuenta con la ayuda de su sobrino sacerdote José Mari Aranalde quien le recibirá en su casa de Arama: “etxetik bialdu nautela”(268); Arama 1958-IX-19, “Atzoko egunez bota ninduten etxetik ... Aramako Parroko dan nere iloba Joxe Mari Arranaldek pozik artu nau bere etxean” (269). Un año después le volverá a recibir en su nuevo destino de Añorga en la casa Zabalegi (p. 380) hasta que falleció el 9 de agosto de 1961.

El regreso de Orixe al País Vasco hubo de ser muy duro para este niño grande y buen escritor, admirado por muchos mayores y jóvenes escritores vascos mientras vivió en América, pero controvertido cuando volvió a su tierra. Los achaques físicos; la estancia de dos meses y medio enfermo y en cama (12-IV-1956; 238); las penurias económicas que eran paliadas, en parte, por las cuestaciones y ayudas en metálico y en medicinas (254); la falta de cariño que sentía: “huyendo del mundanal ruido et de falsis, fratribus atque amicis” (241), no fueron obstáculo para que este nuevo quijote siguiera trabajando a favor de su “amada”, la lengua materna, el euskera. A pesar de los achaques continuó preparando también el magnífico libro en prosa *Jainkoaren billa* (259).

Junto a tanta penuria y sufrimiento no faltaron tampoco momentos y días de alegría. En 1957, después de tantos ruegos aceptó ¡por fin! la nominación de académico de número e hizo su ingreso en Euskaltzaindia el 21 de diciembre de 1957 en Leitza (Navarra).

Como hemos dicho anteriormente, la segunda parte (1923-1957) de este libro contiene menos cartas, pero son igualmente interesantes para conocer la trayectoria de este escritor. En la primera época (1923-1936) destacaría las que le escribió su buen amigo Lizardi; en la segunda época (1950-1954) son esclarecedoras para comprender mejor la situación lingüística y socio-política del País Vasco, varias cartas de I. Fagoaga y de F. Krutwig, escritas en castellano. Recomendaría al lector especialmente las cartas nº 317, 329, 331, 332, 333, 340; en la tercera época (1954-1957) sobresalen las 7 cartas escritas en euskera por K. Mitxelena quien trataba de acercarse a aquel anciano enfermo hasta introducirle en la Real Academia de la Lengua Vasca y apadrinarle en aquel acto solemne.

En cuanto al estilo cabe decir que los amantes del buen euskera del escritor de Oreja gozarán con su lenguaje. Algunas de las cartas (en concreto, las dirigidas a S. Onaindia) están escritas en el

dialecto vizcaíno. Es asimismo reseñable el gran número de frases latinas, de refranes castellanos, y de modismos vascos que dan colorido y altura a este excelente epistolario. Aunque humanamente la figura de Orixe nos pueda entristecer, nos queda su extraordinario legado lingüístico y literario.

GORKA AULESTIA